El "lavado de refugiados" de Occidente en la crisis afgana

MARCELLA GRASSO :: 27/09/2021

Europa se apresuró a disponer miles de plazas en los centros de acogida, plazas hasta unas pocas semanas inexistentes para otros migrantes que esperan desde hace años

A primera vista, a juzgar por la narrativa sobre la cuestión de los refugiados afganos tras la toma de Kabul por los talibanes, parece que se están produciendo cambios profundos.

Macron, Johnson y Draghi solicitan corredores humanitarios y zonas seguras después de la fatídica fecha del 31 de agosto. Biden, quien define los procedimientos de evacuación no como "una misión de guerra, sino una misión de misericordia".

Todo el arco parlamentario italiano, de izquierda a derecha, ha coincidido en dar la bienvenida (al menos) a los miles de colaboradores del país. ANCI que se apresura a declarar la disponibilidad de 6.000 plazas en los centros de acogida de las EFS, plazas hasta unas pocas semanas inexistentes para otros migrantes que esperan desde hace años. Concursos de solidaridad para satisfacer las necesidades básicas de los afganos entrantes y darles la bienvenida a los hogares. Todo ello, con el debido respeto a los miles de migrantes con un futuro incierto que han desembarcado en las últimas semanas y a ese cementerio al aire libre que es el Mediterráneo. Evidentemente, no todo es lo que parece.

Primero, si los refugiados afganos reciben este tratamiento es porque no son como los demás migrantes. Los afganos actualmente evacuados son, a todos los efectos, migrantes occidentales de primera división, como colaboradores de las embajadas y contingentes militares, junto con sus familias.

También son diferentes con respecto a sus propios compatriotas que emigraron a Europa hasta hace unos meses, que se cuentan por derecho propio junto con el resto de los migrantes de la segunda división, que en cambio representan un problema sustancial para la UE.

Muchos también deberían haber sido repatriados a Afganistán como no beneficiarios de protección internacional, porque la guerra se consideró esencialmente terminada [con la derrota de EEUU].

Dejando a un lado la típica hipocresía occidental y usando un poco de honestidad intelectual, si realmente quisieras hablar de "refugiados" tendrías que hablar de ellos, los millones de migrantes afganos producidos por 20 años de guerra librada por EEUU y Occidente.

Refugiados de los cuales los países de la Unión Europea han visto solo un pequeño porcentaje, mientras que la gran mayoría logró llegar solo a países vecinos: desde 2020 Pakistán (1,5 millones), Irán (780.000) y Turquía (130.000), junto con las antiguas repúblicas soviéticas (Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán) acogen al mayor número de refugiados, mientras que en la UE solo Alemania ha acogido a un número significativo

(alrededor de 180.000).

Incluso en Italia, las solicitudes de asilo afganas siempre han representado porcentajes bajos (2% del total en 2020). Y si realmente quisiéramos hablar de refugiados, también deberíamos hablar de migrantes que, aparte de los colaboradores occidentales autorizados (o mejor dicho, los colaboradores) probablemente intentarán - nadie sabe con qué resultados - en los próximos meses o años dejar sus tierras con la ilusión de un futuro mejor en Occidente, y que ciertamente no recibirán el mismo trato o un vuelo reservado.

En segundo lugar, Occidente, y sobre todo EEUU, necesita urgentemente este lavado de refugiados para recuperar un mínimo de credibilidad y fiabilidad. Queda mucho por hacer para deshacerse de la monumental mala figura a los ojos de los afganos y del resto del mundo: veinte años de ocupación para ahuyentar la supuesta amenaza terrorista y exportar la democracia y los derechos civiles, terminaron con una huida en helicóptero y un plan de retorno de última hora a toda prisa, bajo las ametralladoras de los talibanes.

Veinte años de promesas incumplidas, que terminan con un país destruido y condiciones de vida significativamente peores para los afganos, de los cuales, según la ONU, más un tercio padecen hambre. Vidas destrozadas, entre otras cosas, también para los mismos colaboradores internacionales que, después de haberse encomendado al ocupante con la esperanza de un cambio en su propio país, tuvieron que abandonar apresuradamente su tierra y sus comunidades.

Pero hay que darse cuenta que quienes hoy ofrecen el "parche" del socorro y rutas de escape son los mismos que destruyeron un pueblo y una tierra con su guerra, sin haber asumido las consecuencias desde hace 20 años: muertes de civiles, desplazados, refugiados, lo que EEUU define con franqueza como "efectos secundarios".

Un dato muy malo, éste, que sin embargo muestra su peso específico sobre todo en el tablero de ajedrez internacional, en el choque con Rusia y China, los que ahora son calificados oficialmente por la prensa local como los "enemigos" de Occidente en una reinterpretación de la Guerra Fría 2.0.

Y este es el verdadero punto del asunto. Demostrar la credibilidad y confiabilidad de Occidente y mantener el punto de vista con respecto al choque de civilizaciones, en defensa de un sistema [neoliberal] económico, social, cultural y de valores. Un choque cuyo péndulo oscila cada vez más hacia el este.

Un "sincero" Marco Minniti acude en su ayuda. Hace unos días informa en las páginas de 'La República' -en un artículo abierto que cita a Lenin (¡sic!) - que "la lección afgana alude claramente a la necesidad de un nuevo orden mundial. La palabra clave podría ser cooperación. Tomado de la economía, mantiene juntas las palabras competencia y cooperación. Competencia estratégica sobre valores, principios, modelos de sociedad. Cooperación en grandes temas de interés global (…) Nunca antes se habían cuestionado las democracias: su capacidad de decisión, la solidez del liderazgo estable, la credibilidad de mantener los compromisos asumidos".

Es difícil ser más claro que eso. Y en esto, la defensa de los colaboradores pro-occidentales

"propios", trayendo a casa todo lo creado (entre otras cosas, los mejores recursos en materia de educación y formación profesional para volver a ponerlos inmediatamente en el mercado, como ha sido denunciado por los propios talibanes) y la reivindicación de los valores de la solidaridad y la hospitalidad, anunciados y no aplicados sistemáticamente, asumen un papel crucial para Occidente.

Un papel crucial también y sobre todo para la UE, que debe dividirse entre la defensa de estos valores, elaborando un plan para el retorno de los colaboradores y la posible apertura dentro de ciertos límites de sus propias fronteras, y la definición de una gestión que no (re) cuestiona el delicado orden europeo, volviendo una vez más a la condición de los flujos migratorios de 2015. Y, quizás, también tratando de salir de la crisis viendo fortalecido su polo imperialista.

Como era de esperar, la respuesta de la UE al problema de los refugiados ha sido todo menos coordinada. Lo máximo que se alcanzó, en la última reunión entre los ministros del interior de la UE, fue la línea común de ayudarlos en casa : las declaraciones de hecho informan que "debemos evitar una crisis humanitaria para evitar una crisis migratoria: debemos ayudar a los afganos en Afganistán 'y para ello' la UE debería reforzar el apoyo a los países vecinos inmediatos de Afganistán (...)".

Básicamente, los fondos presupuestarios de la UE se pusieron a disposición para mantener a los refugiados en los países vecinos, en una especie de reedición del acuerdo entre la UE y Turquía, tal vez incluso con la propia Turquía de Erdogan.

Una elección en línea con lo definido en el último presupuesto europeo, que destinó más recursos al control de fronteras que a las políticas de integración. Sin embargo, no hay acuerdo sobre los corredores humanitarios gestionados por la UE, impensable teniendo en cuenta los cierres de los países de Europa del Este, junto con Austria y Dinamarca, y la tibia reacción alemana. También se acercan las elecciones para Alemania y los equilibrios internos no permiten demasiadas oscilaciones.

Próximas elecciones que también parecen escucharse en Francia, donde Macron ha declarado que quiere asumir una "responsabilidad moral" de Occidente (en detrimento de EEUU) y reafirmar así un papel central para Francia, impulsando una reunión extraordinaria del G-20 sobre la crisis afgana y para la definición de corredores humanitarios, con el apoyo de Boris Johnson y el propio premier italiano Draghi.

Un Macron que, junto con Draghi (del que Mattarella también se hizo eco desde el foro de Ambrosetti) parece haber percibido bien las oportunidades para fortalecer el polo europeo que brinda la crisis afgana, comenzando con una aceleración en la defensa común europea: la primera mitad de 2022 él estará en la presidencia... - y superando el obstáculo de la unanimidad en las decisiones. Un mecanismo que, si se aprueba a raíz de la crisis actual, podría dejar un amplio margen para otras decisiones en el futuro.

Al cerrar su contundente artículo, Minniti también cita a Sun Tzu (¡de nuevo, sic!) “La estrategia sin tácticas es el camino más largo hacia la victoria. Una táctica sin estrategia es el sonido de una derrota”, y agrega que“hoy su pensamiento es estudiado en las principales Academias occidentales. Pero Sun Tzu era chino. No lo olvidemos”.

Esta es una advertencia que, a pesar de todas las dificultades, parece ser captada en esta etapa más por los líderes europeos que por las reacciones desordenadas de Biden y del aparato estadounidense, un síntoma más de la crisis hegemónica que se apodera de EEUU.

A la luz de este panorama, y como con demasiada frecuencia en la historia, las razones y el futuro de los refugiados, los migrantes y la población afgana parecen valer muy poco, convirtiéndose en un campo de batalla más para otros intereses y representando a lo sumo una herramienta para tratar de recuperar la credibilidad perdida.

Noirestiamo / www.nodo50.org/ceprid

---

https://www.lahaine.org/mundo.php/el-lavado-de-refugiados-de